

España se juega la paz del mundo



**Nuestra Bandera
(PCE)**



La Caja de Herramientas
archivo.juventudes.org

1. Un año de guerra

Se ha cumplido un año de guerra. Durante este período, el pueblo español ha luchado heroicamente contra todas las fuerzas del fascismo y la reacción indígenas y contra la intervención armada del fascismo alemán e italiano. Haber resistido durante doce meses el empuje conjurado de los fascismos nacional y extranjero, representa por ello solo un esfuerzo gigantesco que afianza en la hora de hoy nuestra inquebrantable fe en la victoria.

¿Qué tenía nuestro pueblo el 18 de julio de 1936, cuando estalló la rebelión militar-fascista? Los rebeldes se alzaron con la mayor parte del armamento nacional; apoyados por los grupos capitalistas más reaccionarios y semif feudales del país, contaban con una sólida base económica. La sublevación disponía también de la ayuda extranjera. El pueblo, en cambio, estaba indefenso. Al producirse la rebelión tuvo que acudir, para dominarla, a sus propios medios. El retraso con que el Gobierno Casares Quiroga se decidió a entregar parte de las pocas armas que los facciosos no se habían llevado, determinó en algunos sitios el triunfo de la rebelión. ¿Qué ha tenido que hacer durante un año este pueblo para impedir que el fascismo se apoderara de todo el país? Las primeras victorias populares fueron conquistadas casi con las manos. En muchas ciudades –Madrid es un ejemplo– los obreros y antifascistas lucharon los días de julio con un armamento enormemente inferior al de los sublevados. Con estas armas se apoderaron de los cuarteles y de las fortalezas enemigas y en ellas conquistaron las pocas armas que les sirvieron después para empujar y contener en la sierra del Guadarrama a las columnas de Mola. En Barcelona sucedió algo semejante. En innumerables pueblos los campesinos vencieron a la sublevación con las viejas escopetas de caza. Y en otras Ciudades, como en Oviedo, Córdoba, Granada, etc., el pueblo los cercó en sus reductos de traición. Las primeras batallas fueron ganadas más que con las armas, con el heroísmo popular.

Pero, a partir de las acciones iniciadas, ganadas casi todas por el pueblo, la guerra asumió otro carácter. El enemigo, confinado por los triunfos del pueblo en Marruecos, Galicia, Navarra, parte de Castilla y la región sur de Andalucía, recibió importantes refuerzos en armas y en hombres de sus empresarios extranjeros. Los cuadros militares que no habían logrado arrastrar en la sublevación a la totalidad de los soldados, sirvieron entonces para formar, con los hombres reclutados en Marruecos, un Ejército regular, al que Hitler y Mussolini proporcionaron aviones y artillería. El pueblo español tuvo que enfrentarse entonces con una nueva realidad. Para contener al enemigo hacía falta un Ejército. Las primitivas milicias no eran ya, a pesar de su heroísmo, suficientes. Sin abandonar la lucha, con el fusil en la mano, disputándole palmo a palmo la tierra de España al Ejército faccioso e invasor, nuestro pueblo fue creando su Ejército. Esta es la primera gran obra realizada durante el año de guerra.

Hoy tenemos un Ejército potente y disciplinado; más de medio millón de hombres están sobre las armas; la industria de guerra ha comenzado a funcionar; los mandos militares provienen en su mayoría del pueblo mismo; son jefes y oficiales forjados en la lucha, hijos del pueblo, conscientes de la causa que defienden y entusiasmados por el anhelo de victoria; disponemos de una técnica militar eficiente, hacia cuya conquista definitiva orientamos el Ejército del pueblo, y hemos resuelto ya en sus lineamientos esenciales el problema de las reservas. En cuanto a material bélico, nuestro Ejército dispone de elementos tan poderosos como los del enemigo. Hemos, pues, en gran medida, equiparado las fuerzas. Pero la equiparación de las fuerzas no se ha hecho con respecto a la potencia primitiva del enemigo, sino a la que le han proporcionado más tarde y siguen proporcionándole sin cesar los fascismos alemán e italiano, valiéndose de la pantalla de la «No Intervención» que niega a nuestro Gobierno el legítimo

derecho de adquirir las armas necesarias.

En el transcurso de los doce meses el fascismo ha ido incrementando sus fuerzas con las aportaciones extranjeras en proporción suficiente para evitar que el rápido crecimiento de nuestro Ejército le infligiera una derrota fulminante. No siendo suficiente para contener el empuje de nuestros heroicos soldados el envío de armas y municiones ni las levadas de africanos y aventureros del Tercio, el fascismo alemán e italiano envió a España tropas regulares, verdaderos Ejércitos de invasión, que venían con la pretensión de conquistar la victoria fascista. Las batallas de Guadalajara y de Pozoblanco demostraron a Mussolini lo difícil que es vencer a un pueblo que quiere ser libre. El Jarama y Madrid son sepultura de legiones de soldados de Hitler, que han perecido en su empeño vano de forzar nuestras líneas. Estas derrotas de Hitler y Mussolini en el Centro y en el Sur y la desmoralización de sus huestes les llevó a buscar una presa más fácil: Bilbao.

La dificultad geográfica impedía a nuestro Gobierno auxiliar directamente a los heroicos luchadores de Euzkadi. Ochenta días de épica resistencia, con pérdidas terribles para el enemigo, que había acumulado lo más granado de su fuerza y de sus elementos bélicos, ha costado la victoria del fascismo italo-germano en el Norte. Pero ello no hace variar la perspectiva final de la guerra. Hechos próximos nos lo asegurarán. Unido a la obra militar hemos logrado una serie de realizaciones sociales, ligadas, claro es, a la guerra; notable mejoramiento del orden en la retaguardia, el incremento de la producción agrícola, un servicio de transporte bastante mejorado con relación a los primeros momentos de la guerra, un trabajo más ordenado y disciplinado en las fábricas y talleres y, por último, una limpieza cada vez más extensa y profunda de la retaguardia. El balance de los doce meses de guerra acusa, por tanto, un balance positivo a favor de la victoria total de las armas de la República y de la revolución popular. Porque, además, nuestro Ejército ha aprendido a vencer en la resistencia y en el ataque. Los soldados del 18 de julio eran trabajadores llenos de heroísmo, pero sin ninguna preparación militar ni experiencia ninguna de la terrible guerra moderna. Nuestros soldados de hoy son héroes de cien combates: aviadores que han derribado docenas de aparatos enemigos, antitanquistas que han destruido muchas máquinas, dinamiteros que han destrozado trincheras y reductos, combatientes, en fin, que han resistido y paralizado las más feroces avalanchas.

2. Por lo que lucha el pueblo

Nuestro pueblo ha realizado el magnífico esfuerzo que significa crear un poderoso Ejército y organizar la guerra en las condiciones en que ha tenido que hacerlo, porque tiene conciencia clara del carácter de la lucha. La sublevación militar fascista fue el golpe de fuerza organizado por los grupos reaccionarios y semif feudales para mantener en España el régimen de miseria y de esclavitud que imperaba durante la monarquía. Los grandes terratenientes, la Iglesia, los usureros y los grupos capitalistas más reaccionarios no se resignaban al triunfo democrático obtenido por el Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero. Querían sostener en el campo los jornales de dos pesetas y la jornada de sol a sol, destruir las organizaciones obreras, anular todas las conquistas de los trabajadores y volver al estado de opresión y explotación en que ha vivido España durante los tres últimos siglos. Por esto organizaron la sublevación militar-fascista, utilizando en el levantamiento a las castas militares que ellas mismas habían creado durante su larga permanencia en el Poder y empleando contra el pueblo los elementos que habían acumulado durante los dos años anteriores.

La sublevación fue un ataque directo y a fondo contra la totalidad del pueblo laborioso y sus instituciones legítimas. Los generales facciosos se levantaron para derrocar al Gobierno elegido democráticamente y según las normas constitucionales en unas elecciones que, para mayor justificación del triunfo popular, habían sido presididas por un Gobierno de derechas. Los organizadores del complot sabían que sólo la fuerza desmandada y un régimen implacable de terror y de sangre podía dominar a las masas populares. De aquí que, a pesar de la legitimidad del régimen establecido el día 16 de febrero, la reacción y el fascismo, para mantener la esclavitud y la miseria del pueblo, recurrieran a la sublevación armada.

El resultado práctico fue que aquellas conquistas legítimas a que aspiraba el pueblo no pudieron realizarse dentro del marco de la legislación ordinaria. Consumada la subversión fascista, el pueblo por su cuenta y el Gobierno haciendo ley los deseos de la España popular, imprimieron un ritmo acelerado a la revolución popular. La España de la República es hoy una España sin grandes terratenientes; la tierra está en poder de los campesinos y obreros agrícolas; los potentados de la banca y de la industria ya no existen. La banca está en manos del Estado, y las grandes empresas industriales deben ser y serán seguramente nacionalizadas; los mercaderes de la Iglesia, así como su poderío, han fenecido; las armas y el Ejército están en manos de los antifascistas; el Gobierno es el compendio de la voluntad popular. Es decir, en nuestra lucha acabamos definitivamente con la raíz material de la reacción y del fascismo y abrimos amplios cauces al progreso económico, político y cultural de nuestro pueblo. Estas realidades generan energías y duplican la combatividad del pueblo en armas.

3. ¿Cuál es la significación internacional de nuestra lucha?

A través de nuestra lucha se decide en cierto modo la suerte de las democracias y de la paz del mundo. El fascismo alemán e italiano han desencadenado la guerra en España para preparar mejor la guerra contra las democracias occidentales. El objetivo principal de Hitler y de Mussolini en España es adquirir posiciones estratégicas en nuestro territorio y apoderarse de las materias primas que necesitan para incrementar la producción de guerra. Hitler lo ha declarado cínicamente en su discurso de Wurzburg, cuando dijo que «quería el triunfo de los nacionalistas para adquirir el hierro de España». Las bases aéreas y navales que Italia ha establecido en las Baleares y la fortificación por los alemanes de las costas marroquíes del Estrecho indican claramente el propósito de establecer puntos de apoyo para la guerra que los dictadores fascistas están fraguando. Los Ejércitos de invasión que Hitler y Mussolini han enviado a España tienen la misión, además de luchar contra el pueblo español, de constituir en nuestro suelo el núcleo de una fuerza de ataque contra los pueblos a los cuales el fascismo alemán e italiano quiere atacar. De este modo la seguridad de los pueblos democráticos de Europa y la paz del mundo están jugándose en nuestro suelo.

La invasión de España es un paso más en la preparación de la guerra. Los Gobiernos fascistas de Italia y Alemania, ayudados por el Gobierno portugués, han ido avanzando en la intervención a medida que se lo permitían las debilidades y claudicaciones de los Gobiernos de Francia e Inglaterra. Mientras la Unión Soviética ha sostenido desde el primer momento una actitud enérgica y consecuente en defensa de los derechos del pueblo español y de la paz del mundo, única actitud que podía contener las audacias fascistas, los Gobiernos de Francia e Inglaterra, en vez de seguir este ejemplo, iniciaron y se acogieron a la política de No Intervención, que ha venido a ser, prácticamente, el bloqueo del Gobierno legítimo de España y la Celestina de la intervención fascista. Sus vacilaciones y sus transacciones con Hitler y

Mussolini han sido la causa de que la intervención fascista ganase cada día mayor volumen y que amenace a sus propios países, a pesar de que ellos claudicaban y cedían ante el fascismo «para impedir que la guerra española se extendiese en Europa».

4. La solidaridad internacional con nuestra lucha

Conscientes del significado de nuestra lucha y de lo que representa la intervención fascista en España, todos los pueblos del mundo, incluso los que soportan el yugo sangriento del fascismo, han estado desde el primer momento a nuestro lado. Miles de mensajes, de resoluciones, de actos, de asistencias de todo género, envíos de víveres y de material sanitario, nos han expresado la adhesión a nuestra causa de las masas populares del mundo. Según ha ido desarrollándose la guerra y haciéndose más patente el heroísmo de nuestro pueblo e incrementándose la intervención fascista en nuestro país, la solidaridad de los pueblos ha aumentado y adquirido formas más enérgicas. Las masas trabajadoras del mundo han visto que en España esta jugándose su propia suerte, que el triunfo del fascismo en la guerra española significaría el desencadenamiento de la matanza universal y el desenfreno de las hordas de la barbarie y del crimen. Podemos decir que nunca se ha desarrollado en el mundo un movimiento de solidaridad tan imponente como el que asiste al pueblo español.

Pero, no obstante su magnitud, este grandioso movimiento no logró detener la planta invasora del fascismo ni impedir que Hitler y Mussolini enviaran soldados y cañones con el siniestro propósito de esclavizar al pueblo español. ¿Por qué ha sido impotente para conseguirlo un movimiento que tiene en sí mismo la potencia suficiente para aplastar al fascismo? Porque le ha faltado unidad de acción; porque los dirigentes de la Segunda Internacional y de las organizaciones socialistas, particularmente los del laborismo inglés, a pesar de que en España los socialistas estaban luchando junto con los comunistas en la vanguardia de la guerra, no han querido comprender que la unidad de acción con la Internacional Comunista en el plano internacional y con los partidos comunistas y las demás organizaciones antifascistas en cada uno de los países, era el medio de desarrollar toda la fuerza de las masas populares y de obligar a los Gobiernos democráticos a defender firmemente los derechos del pueblo español. Si una actitud semejante se hubiese adoptado desde el primer momento, no se habría producido la funesta iniciativa de la No Intervención ni los monstruosos crímenes y provocaciones que Hitler y Mussolini han cometido en nuestro suelo.

5. Al fin han tenido que actuar los dirigentes socialistas

En la madrugada del 31 de mayo los barcos de guerra alemanes bombardearon Almería. Este acto de guerra contra el pueblo español, arteramente preparado por Hitler y Mussolini, levantó una marejada de protesta en el mundo. La inquietud de las masas trabajadoras de Francia e Inglaterra ante la amenaza creciente del fascismo germano-italiano se expresó inmediatamente en numerosos actos y resoluciones que obligaban a sus dirigentes a una acción inmediata. Nuestro Partido, en unión del Partido Socialista y de la U.G.T. de España, se dirigió a la Internacional Obrera Socialista, a la Internacional Comunista y a la Federación Sindical Internacional en un telegrama de auxilio. «Solicitamos de vosotros –les decíamos– que hagáis presión sobre vuestros Gobiernos para que actúen con energía sobre los Gobiernos fascistas, que atacan con inusitada violencia nuestras poblaciones civiles, poniendo en riesgo la vida de ancianos, mujeres y niños. A vosotros, que constituís la vanguardia del proletariado

mundial, sus gloriosas banderas de lucha, os pedimos nuevamente la más resuelta *acción común* que movilice la solidaridad proletaria de todos los pueblos decididos a que los planes del fascismo no se consumen y lleven al mundo al infierno de una conflagración mundial.»

¿Qué actitud adoptaron los distintos organismos internacionales ante este llamamiento apremiante que respaldaban y suscribían la protesta de todas las masas trabajadoras del mundo? Tres días después, el camarada Dimitrov contestó a nuestro telegrama diciéndonos que «teniendo en cuenta la gravedad de la situación creada por el bombardeo de Almería y basándonos en vuestro llamamiento, haremos cuanto sea preciso para establecer la unión con la Internacional Obrera Socialista. Con este fin hemos dirigido hoy el siguiente telegrama a De Brouckère, presidente de la Internacional Obrera Socialista:

«Hemos recibido desde Valencia un llamamiento del Partido Socialista Obrero, del Partido Comunista y de la Unión General de Trabajadores de España, proponiendo la realización de acciones comunes de las organizaciones obreras internacionales para la defensa del pueblo español atacado por los fascismos alemán e italiano. Suponemos que habréis recibido también ese llamamiento. Os hacemos saber a este propósito que nos hallamos plenamente de acuerdo con las proposiciones de los camaradas españoles y sostenemos plenamente su iniciativa. Por nuestra parte, os proponemos crear una Comisión de contacto entre las tres Internacionales: la Internacional Comunista, la Internacional Obrera Socialista y la Federación Sindical Internacional con objeto de realizar la unidad de acción internacional contra la intervención militar de Alemania e Italia en España. Nos hallamos dispuestos a examinar todas las proposiciones que presentéis por vuestra parte, así como de parte de la Federación Sindical Internacional, para la defensa del pueblo español. —Por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista: El secretario general, *Jorge Dimitrov*.»

Pocos días después se publicó en «Pravda» el famoso artículo de Dimitrov, «Las lecciones de Almería». En él se consignan estas tres interrogaciones: «¿Qué sería una Internacional Socialista que rechazara las solicitudes que emanasen de sus propias secciones, incluso de una sección como el Partido Socialista Español, que constituye, junto con el Partido Comunista, la vanguardia de lucha contra el fascismo? ¿Qué serían unos líderes obreros, unos líderes socialistas, que hiciesen fracasar la unidad de acción del proletariado internacional cuando esta unidad es precisamente el medio decisivo para amordazar a las bestias fascistas? Esto ni puede ni debe continuar así. La situación es de tal naturaleza, que exige una posición absolutamente clara por parte de cada organización obrera, de cada militante del movimiento obrero, frente a los problemas de la unidad de acción del proletariado internacional, para la defensa del pueblo español.»

Fuera lo que fuese, los dirigentes socialistas estaban decididos a resistir la corriente. «Los trabajadores de todos los países lloran con vosotros las víctimas de esta cobarde agresión», nos contestaron De Brouckère y Adler «pero saben también que precisamente este desarrollo cínico del fascismo debe poner en guardia a toda la opinión pública mundial. La Internacional Obrera Socialista hará todo para ayudar a los defensores de la libertad y de la independencia española por todos los medios que tiene a su alcance.» Los trabajadores de todos los países no lloraban en aquel momento, como creían De Brouckère y Adler, sino rugían de rabia y ansiaban pasar a la acción. Pero los dirigentes de la II Internacional querían hacer «todo para ayudar a los defensores de la libertad y la independencia española por todos los medios que tiene a su alcance», menos lo único que era efectivamente eficaz: la unidad de acción. «Nuestra Internacional realizará, bajo su responsabilidad exclusiva, su deber —respondió De

Brouckère a Dimitrov—. Ni su presidente ni su secretario tienen, como sabéis, los poderes necesarios para adherirse en su nombre al Comité que proponéis.»

¿Qué era realizar, «bajo su responsabilidad exclusiva, su deber», si el deber primordial, ineludible, exigido por las masas de los dirigentes de las organizaciones obreras internacionales era unir las fuerzas en una acción común para defender al pueblo español? ¿Qué importancia tenía ante la extrema gravedad del momento histórico el trámite burocrático de los «poderes» que no tenían De Brouckère ni Adler? ¿Podían necesitarse más poderes que los que en ese momento, antes y después, les otorgaban las grandes masas trabajadoras que en todos los países del mundo exigían una acción enérgica en defensa de los derechos del pueblo español y de la paz del mundo? No; no era una cuestión de poderes burocráticos. Era lo que, con una claridad sin embozo, ha declarado más tarde el líder tradeunionista Citrine, en la reunión de la Internacional Sindical de Varsovia, negándose a la unidad de acción con los comunistas, porque «no se puede defender la democracia colaborando con los partidarios de países donde la democracia en sí misma no existe ya».

Esta declaración esclarece el concepto de los dirigentes laboristas sobre la democracia. ¿Qué democracia es la que defienden? Porque aun la más mínima democracia, la democracia donde los grupos fascistas pueden cometer atentados contra los trabajadores, donde los imperialistas pueden organizar impunemente la matanza de pueblos, donde aún subsiste la miseria y el hambre y la explotación de los obreros y de los campesinos, la democracia más restringida está amenazada por la barbarie fascista. En la Unión Soviética no existe ciertamente una democracia restringida y limitada. Existe la democracia amplia, libre y profunda de los trabajadores, el bienestar, la libertad y la paz; existe el Gobierno libre de los propios trabajadores y la voluntad inquebrantable y organizada de defender la paz del mundo. Esta es la democracia con la que Citrine no quiere marchar unido. Pero las grandes masas trabajadoras, incluso las británicas, en nombre de las cuales ha hablado Citrine en Varsovia sí quieren ir con ella en defensa del pueblo español y de la paz del mundo, porque saben que precisamente porque la Unión Soviética es la más amplia democracia del mundo, el Gobierno soviético es el defensor más consecuente de la paz y el sostenedor incansable de los derechos del pueblo español.

Las masas trabajadoras del mundo han visto la inmensa solidaridad de los trabajadores soviéticos con el pueblo español y este ejemplo de solidaridad ha sido el mayor estímulo y el más claro ejemplo para el proletariado universal. Contra una corriente de voluntad popular tan poderosa no podían sostenerse los dirigentes de la II Internacional, aunque hundiesen la cabeza en los convencionalismos burocráticos.

Ante el segundo telegrama de Dimitrov a De Brouckère, en el cual le decía que «lo que importa no es la forma, sino el fondo de la cuestión. La Internacional Comunista, que hace cuanto puede para asegurar la más rápida victoria del pueblo español sobre los rebeldes fascistas y los invasores extranjeros, está dispuesta a examinar, cual ya hemos declarado, sin dilación alguna, todas las proposiciones dignas de consideración que se le presenten. Igual que las organizaciones obreras españolas, nos creemos con derecho a esperar de vosotros proposiciones concretas sobre esta cuestión de tan vital importancia. Por otra parte, juzgamos conveniente, para acelerar la realización de la acción común necesaria, celebrar un previo cambio de impresiones con los representantes de la Internacional Obrera Socialista. Si estáis de acuerdo, os rogamos nos comunicuéis el lugar y fecha en que podía celebrarse esta entrevista», no pudo mantenerse la actitud elusiva de la II Internacional. «Siempre estamos

dispuestos a entrevistarnos con vuestros representantes a título informativo –respondió De Brouckère– y a cambiar nuestros puntos de vista sobre el mejor modo de proseguir esta acción de común acuerdo hasta donde ello sea posible y sin rozamientos inútiles.» Paso excesivamente cauteloso, pero paso al fin hacia la unidad de acción. Sus efectos se vieron en seguida.

6. Consecuencias del cambio de actitud

¿Qué había determinado la respuesta de los dirigentes de la II Internacional? La sección francesa, vinculada al Partido Comunista de Francia en el Frente Popular, estaba decididamente en favor de la unidad de acción con la Internacional Comunista; la sección belga estaba dividida entre una parte de los elementos dirigentes, encabezada por Spaak, que seguía obstinadamente en la negativa a la unidad de acción común, y la base del partido, de acuerdo con Vandervelde y De Brouckère, que la exigía imperiosamente. Sólo las secciones holandesa, británica y escandinavas se negaban a ella. Pero en sus propios países, las masas trabajadoras luchaban contra esta posición intransigente. Los laboristas no tuvieron más remedio que celebrar una reunión conjunta del Comité Ejecutivo del Labour Party y del Comité de las Trade Unions, para satisfacer la exigencia abrumadora de los trabajadores británicos.

En esta reunión se acordó exigir el abandono de la No Intervención, el sometimiento de la cuestión española a la Sociedad de Naciones y el reconocimiento del derecho del Gobierno legítimo de España para adquirir libremente armas en el país que quisiera vendérselas. Es decir, los principales sostenedores de la política de No Intervención reconocían, presionados por las masas, las consecuencias desastrosas de la iniciativa que tanto habían aplaudido y mimado. ¿Qué cabía hacer en una situación semejante, sino acercarse a los que habían seguido desde el primer momento una política consecuente de defensa de la paz y de defensa de los derechos del pueblo español? Todos conocemos la proyección interna que la aceptación por De Brouckère de la propuesta de Dimitrov tuvo en el seno de la II Internacional. Pero la reunión no tuvo más remedio que celebrarse. Las masas presionaban con una fuerza irresistible. Entonces se comprendió la acerada pregunta de Dimitrov: «¿Qué sería una Internacional Socialista que rechazara las solicitudes que emanasen de sus propias secciones, incluso de una sección como el Partido Socialista Español, que constituye, junto con el Partido Comunista, la vanguardia de lucha contra el fascismo?» En la reunión de Annemasse, «como fue convenido –dice el comunicado oficial–, ha habido un cambio de impresiones en cuanto a los medios mejores para proseguir una acción a favor de España y de común acuerdo, donde quiera que sea posible y por todos los medios, sin rozamientos inútiles. Este esfuerzo es más necesario que nunca a favor de las organizaciones obreras españolas, que con magnífico arrojo luchan contra el mundo fascista coaligado y defienden, a la vez que su libertad, la libertad y la paz de Europa y del mundo.

Este intercambio de puntos de vista ha puesto de manifiesto que las dos Internacionales han tenido para con España una política idéntica y que exigen una y otra el levantamiento del bloqueo, el restablecimiento del derecho internacional y la aplicación del Pacto de la Sociedad de Naciones. Han expuesto el deseo de que se realicen nuevos contactos en plazo breve para estudiar con todo detalle los medios concretos de una ayuda material y moral a España, cosa de que se ha tratado en esta reunión». No es cierto, como afirma el comunicado, que ambas Internacionales «hayan tenido para España una política idéntica».

Por el contrario, mientras la Internacional Comunista, directamente y por medio de sus secciones, nuestros partidos hermanos de los distintos países, ha realizado desde el primer momento una formidable campaña de agitación y solidaridad con el pueblo español, la inactividad y las vacilaciones de los dirigentes de la II Internacional han sido la causa de que los Gobiernos democráticos no asumiesen una actitud enérgica contra la intervención fascista en España, e impiden todavía la unidad de acción internacional de las grandes masas trabajadoras del mundo. En la reunión conjunta de los Comités directivos de la Federación Internacional Sindical y de la Internacional Socialista, celebrada en París el 24 de junio, se acordó: «Primero: presionar por todos los medios posibles y sin retraso a los Gobiernos que pertenecen a la Sociedad de Naciones para que, de acuerdo con los estatutos de la Sociedad, ayuden al Gobierno español a recobrar su independencia política y territorial; segundo: asegurar el retorno a la libertad de comercio con España, para que el Gobierno español, cuya legitimidad no admite dudas, pueda adquirir las armas necesarias para la defensa de su territorio y de sus derechos; tercero: hacer obligatoria la solidaridad con esta causa a todos los miembros y organizaciones afiliadas a las dos Internacionales.»

¿Qué diferencia hay entre estas decisiones y las propuestas por la Internacional Comunista en el telegrama de Dimitrov enviado por intermedio del camarada Thorez, el 27 de junio, a los representantes de la Internacional Obrera Socialista y de la Federación Sindical Internacional? «El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista –dice– encarga a su Delegación de presentar, para ser estudiadas en común, las siguientes proposiciones concretas a la reunión conjunta de la Internacional Obrera Socialista y de la Federación Sindical Internacional, o en el curso de su conferencia con sus Delegaciones: Primera: que las organizaciones obreras internacionales se dirijan conjuntamente a los Parlamentos y Gobiernos de todos los Estados no fascistas y ante todo a los Gobiernos de Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Unión Soviética, pidiéndoles que tomen medidas conjuntas y rápidas para la retirada inmediata de España de las fuerzas armadas intervencionistas de Italia y Alemania, para el levantamiento del bloqueo de la España republicana y el reconocimiento de todos los derechos internacionales para el Gobierno legal español. Segunda: que las organizaciones obreras internacionales se dirijan conjuntamente a la Sociedad de Naciones exigiendo la aplicación del Pacto de la Sociedad de Naciones contra los agresores fascistas que han atacado a la España republicana. Y tercero: que, al mismo tiempo, las organizaciones obreras internacionales se dirijan conjuntamente a la clase obrera de todos los países y a la opinión pública mundial, llamándolas a hacer cuanto esté de su parte para hacer triunfar estas reivindicaciones, así como para impedir nuevas agresiones por parte de los intervencionistas y para liquidar más rápidamente la guerra criminal contra el pueblo español». Ha bastado que se realizaran estas gestiones para que inmediatamente se modificara la actitud de los Gobiernos de Francia y de Inglaterra. ¿Qué fuerza, sino ésta, ha determinado la energía del Gobierno británico ante la provocación del «Leipzig»? ¿Cuántos desastres se habrían impedido si la Internacional Socialista hubiese adoptado desde el primer momento de la guerra, como la Internacional Comunista, una actitud decidida en defensa de los derechos del pueblo español? ¿Puede creer nadie que los heroicos combatientes de Irún habrían tenido que entregar la ciudad cuando agotaron sus municiones, mientras a doscientos metros, en las vías muertas de Hendaya, las armas adquiridas por el Gobierno español permanecían embargadas por las autoridades francesas? ¿Habría caído más tarde Bilbao, si, como ha dicho valientemente Lloyd George, Francia hubiese proporcionado a los gloriosos luchadores vascos los elementos de combate que necesitaban para defender la independencia de su país y sus libertades

milenarias? ¿Qué Gobierno de Francia, qué Gobierno de Inglaterra, qué Gobierno norteamericano habría negado su ayuda al pueblo español, si los dirigentes de la Internacional Socialista hubiesen adoptado desde la iniciación del conflicto la actitud enérgica y resuelta que exigían sus propias masas y que era indispensable para contener la avalancha fascista? La consecuencia inmediata de la actitud de junio del 37 nos permite confirmar cuáles habrían sido los resultados de una actitud enérgica, de acuerdo con el sentimiento y la voluntad de las masas, en julio del 36.

7. La cuestión ahora es la unidad de acción

Pero las proposiciones no bastan para desarrollar en el mundo el poderoso movimiento de masas que es indispensable para derrotar al fascismo. Las proposiciones hay que convertirlas en hechos. Los dirigentes de la II Internacional parece que han hecho de sus errores el objeto de su vida. ¿Qué le ha enseñado al mundo la experiencia de las últimas semanas? ¿Qué hemos visto en España proyectado sobre nuestra propia carne y nuestro propio dolor? ¿Qué han experimentado en los últimos acontecimientos internacionales las masas trabajadoras del mundo entero, incluso las angustiadas masas trabajadoras de las países fascistas? Para todos ha sido claro que la fuerza salvadora de la paz, la que con decisiva eficacia puede ayudar al pueblo español es la fuerza unida internacionalmente de las masas obreras. Pero los dirigentes de la II Internacional no han recogido íntegramente la lección. Después de la primera tentativa, vuelven atrás con el mismo obstinado empeño de antes. «La realización de esas reivindicaciones (las de la resolución de las dos Internacionales del 24 de junio) exige los máximos esfuerzos de las organizaciones obreras del mundo –dice el camarada Thorez en su carta a De Brouckère del 2 de julio– y son éstas las que pudieran desplegar la fuerza necesaria para arrastrar a la opinión pública hacia una acción común. Si no se llega a unir a todas las fuerzas y a coordinar todos los esfuerzos de las organizaciones obreras internacionales, ya podríamos formular cuantas peticiones de reivindicaciones queramos, que no las haremos progresar.

Ahora bien; la defensa del pueblo español y en su consecuencia la salvaguardia de la paz mundial, sólo son posibles por medio de acciones eficaces.» ¿Cuál es la actitud de la II Internacional ante una verdad tan evidente, verificada en la realidad misma de los últimos hechos? «Adler y yo –ha dicho De Brouckère en su respuesta a la comunicación que le hacía Thorez del telegrama de Dimitrov en el que se contenían las tres proposiciones de la Internacional Comunista–, hemos definido en Annemassee el concepto al cual entendemos permanecer fieles: el de la acción en favor de España «de común acuerdo siempre que sea posible y en todas formas, sin rozamientos inútiles.» Antes de iniciarse esta labor delicada que requiere paciencia y continuidad, el telegrama de Dimitrov propone sea sustituido por otro completamente distinto: la de manifiestos conjuntos que habrían evidentemente de comprometer a cada una de nuestras secciones. Adler y yo hemos ya expuesto muchas veces a los delegados de la Internacional Comunista por qué no nos hallamos en condiciones de adoptar ésta. Estamos dispuestos a proseguir en un momento oportuno, que sería menester elegir de común acuerdo, la obra de Annemassee, pero sobre la base de Annemassee.» ¿Qué significa una respuesta semejante? Significa la paralización de las gestiones emprendidas.

Annemassee fue en cierto modo un paréntesis concedido a la situación interna de la II Internacional. ¿Es que «sobre la base de Annemassee», es decir, sobre la base de un paréntesis de espera, se puede contener el empuje creciente de la brutalidad fascista? La verdadera

respuesta de la II Internacional a los insistentes requerimientos de Dimitrov la ha dado Citrine en Varsovia. Aquí es donde están las «condiciones» que Adler y De Brouckère han expuesto, según dice De Brouckère, a los delegados de la Internacional Comunista y que impiden a la II Internacional adoptar la acción común con los comunistas. ¿Pero acaso la democracia por la que se está batiendo el pueblo español no es la que quiere defender Citrine y todos los dirigentes de la II Internacional? ¿Acaso la democracia a la cual amenaza el fascismo no es la misma democracia británica de los laboristas? ¿No es también la propia democracia francesa de la secciones más avanzadas de la II Internacional? ¿No es igualmente la democracia belga y la democracia holandesa y escandinava? ¿Qué democracia es la que la Internacional Comunista invita a defender en común a los dirigentes de la II Internacional? Para todos los trabajadores del mundo, es perfectamente claro que en la guerra española está jugándose la paz y la democracia universales.

Lo que el fascismo prepara en nuestro territorio es la guerra contra las democracias occidentales, contra Francia e Inglaterra principalmente. ¿Por qué entonces los dirigentes laboristas se niegan a la acción común en defensa de la seguridad de su propio pueblo? Nosotros, el Partido Comunista de España, lo mismo que el Partido Socialista y los Partidos republicanos que forman nuestro Frente Popular, hemos declarado muchas veces que luchamos por nuestra República democrática y parlamentaria, que luchamos por la independencia de nuestra patria y la libertad de nuestro pueblo. La declaración del carácter de nuestra lucha, declaración aceptada por nosotros y por todos los antifascistas de España, está contenida en el discurso pronunciado por el Presidente de la República española en el Ayuntamiento de Valencia el 21 de enero de 1937: «Oigo decir por propagandas interesadas – aunque mi higiene mental me lleve a privarme de ellas cotidianamente–, oigo decir que nos estamos batiendo por el comunismo. Es una enorme tontería; si no fuese una maldad. Si nos batiésemos por el comunismo, se estarían batiendo solamente los comunistas; si nos batiésemos por el Sindicalismo, se estarían batiendo solamente los sindicalistas; si nos batiésemos por el republicanismo de izquierda, de centro o de derecha, se estarían batiendo sólo los republicanos. No es eso; nos batimos todos, el obrero; el intelectual, el profesor y el burgués –que también los burgueses se baten– y los Sindicatos y los Partidos políticos y todos los españoles que están agrupados bajo la bandera de la República; nos batimos por la independencia de España y por la libertad de los españoles, por la libertad de los españoles y de nuestra patria.» ¿Y contra quién nos batimos? Contra los Gobiernos que han enviado tropas de invasión a nuestra tierra sin haber tenido con nosotros desavenencia ninguna, que organizan complots semejantes al español en Checoslovaquia, que han fraguado los monstruosos crímenes del espionaje y el atentado personal y la traición en la Unión Soviética, que se han apoderado brutalmente de las tierras indefensas de Abisinia, que tratan de encerrar a las democracias occidentales en un círculo de hierro para destruirlas sin piedad, que mantienen en sus países el régimen de barbarie más espantoso que conoce la Historia. Contra estos Gobiernos de brutalidad y vandalismo se bate el pueblo español. ¿Qué les enseña a los demás pueblos libres del mundo la carne dolorida y desgarrada de nuestra España? Les enseña hasta dónde llega la barbarie fascista.

Los dirigentes de la mentalidad de Citrine deben comprender que quienes le proponen la acción común para luchar contra los incendiarios de Guernica, contra los miserables asesinos de las mujeres y los niños de Madrid, contra los que amenazan convertir las más bellas y dichosas ciudades de Europa en hogueras espantosas, les proponen luchar por la verdadera y única democracia. Las masas trabajadoras lo comprenden; las masas trabajadoras están de

acuerdo y responden a la pregunta de Dimitrov: «¿Qué serían unos líderes obreros, unos líderes socialistas que hiciesen fracasar la unidad de acción del proletariado internacional cuando esta unidad es precisamente el medio decisivo para amordazar a las bestias fascistas?» Los dirigentes de la II Internacional tienen sobre sí una inmensa responsabilidad. Sobre ellos gravita el recuerdo de 1914. Hoy, al borde de la catástrofe, la historia les exige que cierren sus manos con los gloriosos luchadores de la Internacional Comunista y aplasten unidos a los incendiarios de la guerra en el mundo.

8. También nosotros tenemos deberes. El Partido único

Pero la acción común internacional en defensa del pueblo español y de la paz del mundo no nos exime a nosotros de nuestros deberes. Tenemos el orgullo de formar la vanguardia de la lucha contra el fascismo. Nuestros dolores son nuestras glorias. Pero la acción que con la autoridad de nuestro sacrificio y de nuestro heroísmo reclamamos a los dirigentes de las Internacionales obreras, tenemos que realizarla nosotros también. La solidaridad y la ayuda internacionales, sólo pueden ser factores colaborantes en nuestro triunfo. La acción decisiva tiene que partir de nosotros mismos. Con nuestros propios recursos, con el empleo racional y organizado de todos nuestros medios y de todas nuestras energías lograremos la victoria. Ahora entramos en los meses decisivos de la guerra. Están realizándose las grandes operaciones en las que interviene el poderoso Ejército que nuestro pueblo ha creado en un año de esfuerzos y de sacrificios gigantescos. Todas las fuerzas del país, organizadas y empleadas al máximo, tienen que consagrarse con una energía superada a conseguir el triunfo. La victoria no puede caer espontáneamente, como el maná. Tenemos que conquistarla con nuestro esfuerzo, nuestro trabajo, nuestra abnegación y nuestro heroísmo.

Este período, que nos abre la perspectiva del triunfo, es también el período de las grandes dificultades y de las grandes tareas. Vencer unas y realizar otras con la misma decisión con que nuestros soldados luchan en los frentes, es el deber del momento. ¿Y cómo podemos conseguirlo si no nos ponemos a la altura de las exigencias históricas, si no satisfacemos las necesidades más urgentes de la lucha? ¿Cuál es la necesidad más urgente y más imperiosa del momento actual? La necesidad más urgente es la creación del Partido Único del Proletariado, base de la unión antifascista del pueblo en el Frente Popular para ganar la guerra.

¿Están maduras las condiciones para llegar inmediatamente a la fusión de los Partidos Comunista y Socialista? Desde el principio de la guerra, desde antes de la guerra, los obreros comunistas y socialistas luchan y trabajan juntos; la guerra ha estrechado la colaboración de ambos Partidos, se han creado en el transcurso de los últimos meses numerosos órganos de unidad de acción, sobre los principales problemas de la guerra trabajan unidas las dos organizaciones, hay en ambas un ambiente de cordialidad y de compenetración que identifica las aspiraciones de los obreros socialistas y comunistas. ¿Qué falta, pues, para realizar la fusión? Los que se oponen a ella, los que hacen campañas solapadas contra la unidad política del proletariado, aunque digan lo contrario y disimulen sus intenciones, trabajan contra la unidad del proletariado y contra la unidad antifascista. ¿Qué reparo objetivo o subjetivo puede oponerse ya a la fusión de dos partidos que se han compenetrado en la lucha, que actúan juntos desde la dirección de la guerra hasta el combate en las trincheras y el trabajo en las fábricas? Sólo los interesados en dividir a las masas obreras, en retrasar la unión del pueblo antifascista, pueden oponerse a un acto que impone la historia y lo exigen las masas trabajadoras afinando los escrúpulos y aduciendo que aún existen en algunos recelos y

temores que, caso de existir, desaparecerían precisamente con la fusión y el trabajo unidos en las enormes tareas de todo orden y en todos los aspectos políticos, sociales y económicos que aguardan al Partido Unico del Proletariado. Por esto, quienes se oponen, quienes obstaculizan e intentan retrasarla, contra la voluntad manifiesta de la base de ambos Partidos, digan lo que digan, trabajan en favor del enemigo, trabajan contra nuestra causa y el triunfo del pueblo. Nuestra obligación es vencer todos los obstáculos, dominar las dificultades e ir adelante, pese a los obstinados y a los vacilantes, a la fusión de los Partidos Comunista y Socialista, a la creación del gran Partido Unico del Proletariado. Esta debe ser la gran victoria política que anuncie y determine las victorias militares decisivas.